

HUGO

Ana Sosa Bohórquez

Lo siento.

Siempre lo merecí más que tú.

Capítulo 1

Me avisaron de cómo era Hugo, pero nunca les creí.

Yo veía en su sonrisa una amistad verdadera, que se alegraba por mis éxitos y me acompañaba en mis desgracias. Me advirtieron de que todo era fachada, pero nunca les creí.

Aquella mañana me desperté con la garganta seca y la cabeza dándome vueltas. Tardé unos minutos en reconocer dónde estaba. Vestigios de alcohol y tabaco impregnaban toda mi ropa. Aturdido me incorporé y la certeza de no haber dormido en cama ajena me tranquilizó, estaba en mi habitación. Mi extremada obsesión por el orden me alertó de algo que en ese momento no supe descifrar. Algo estaba distinto y me descubrí a mí mismo jugando mentalmente a encontrar las diferencias, el pasatiempo del periódico que solía entretenerme en los desayunos dominicales.

Me levanté aturdido y di unos primeros pasos por la habitación. A cada pisada que daba mi cabeza se volvía plomo, pero seguiría hasta encontrar la aguja de aquel pajar. Tras una revisión escrupulosa de armarios y estantes caí en la cuenta de que el segundo cajón de mi mesita de noche estaba mal cerrado. Cualquier otra persona pasaría por alto ese minúsculo detalle, cualquier otra persona menos yo. Durante un segundo dudé de mí mismo, ¿sería que lo dejé así?

Abrí el cajón y todo parecía en orden salvo por un pequeño detalle, las llaves de mi estudio no estaban donde siempre. Simplemente no estaban. Nunca antes había echado tanto de menos aquel llavero tan llamativo que me regaló mi hermana el día que inauguré el estudio.

Rápidamente me vestí y salí disparado. Mientras bajaba las escaleras a la velocidad que mis piernas entumecidas me permitían, noté cómo un sudor frío perlaba mi frente y mi espalda. Un mal presentimiento se me clavó en el pecho.

El estudio estaba situado en el jardín trasero. Se reducía a una pequeña cabaña que había mandado construir para alejarme de la casa principal en mis largos días de escritura desenfrenada. En ese habitáculo habían nacido mis primeras obras, las que me habían abierto el camino como escritor de cierto reconocimiento. Allí había venido a buscarme Hugo en incontables ocasiones, a sacarme de la burbuja en aquellos momentos en los que me ahogaba entre palabras. Allí le había dado algunos consejos para acercarse a las editoriales. Recuerdo cómo me vi reflejado en él cuando entre lágrimas me contaba su último intento fracasado de publicar sus relatos. Allí le había contado hace unos meses la idea en la que había estado trabajando todo este tiempo, la que había conseguido que las musas volvieran a visitarme, la que estaba convencido que me

catapultaría a lo más alto.

Las palabras de Hugo resonaban en mi mente mientras cruzaba el jardín a toda prisa. Sabía que lo conseguirías, me había dicho. La puerta del estudio estaba abierta. Cuando entré, el sudor frío era ya incontrolable. Todo estaba revuelto, las decenas de libros que decoraban mis estanterías, entre ellos mis propias obras, yacían en el suelo y juro que los escuché susurrar: "te lo advirtieron".

El nudo en mi estómago se volvía más intenso a cada paso que daba. Cuando llegué al escritorio pude ver cómo el cajón en el que guardaba bajo llave mi ordenador, el que contenía todo mi trabajo por no decir mi vida entera; había sido forzado. En su lugar encontré un sobre. Estaba sin cerrar y no tenía remitente. Al desplegar el folio que contenía y ver la indudable caligrafía de Hugo sentí cómo los latidos de mi corazón me golpeaban en la sien. Sólo dos frases, escritas probablemente antes de huir.

"Lo siento.

Siempre lo he merecido más que tú".

En ese momento lo supe. El dolor en mi vientre ya era insoportable, hasta el punto de doblarme en dos como el junco que no soporta la presión del viento. Caí al suelo y entre gemidos supe la verdad. Recordé cómo la noche antes había cedido ante la insistencia de Hugo. Le había dejado invitarme a una copa de vino, quería celebrar mi futuro best-seller. Lamenté no haberme dado cuenta de cómo vertía el veneno en la copa. No supe ver el peligro en su inquietante mirada mientras me la daba, no fui consciente de que la muerte descansaba en aquella copa, esperando su momento.

Me avisaron de cómo era Hugo, pero nunca les creí.

Y tras una lenta agonía me dejé llevar, dejé que la dulce parca me llevara entre sus brazos. Durante mis últimos segundos pensé en Hugo y me sentí agradecido. Me regaló el consuelo de morir entre mis queridos libros, mis verdaderos amigos. ¿Qué mejor muerte para un escritor? ¿Qué mejor final que este para el comienzo de una nueva historia?